

Aboles ver los bosques. Y lo cierto es que se marea uno ante un aluvión de minucias inorganizadas, y lo que es peor, inorganizables. Debían los periódicos tener un redactor inteligente y juicioso encargado de sacar un resumen semanal, quincenal ó aunque fuera mensual, del movimiento de la política interior y exterior; se lo agradeceríamos muchos al poder renunciar á su actual información política. ¡Qué dignos de compasión son los historiadores futuros que en fuerza de concienzudos se zambullan de hoz y coz en nuestra prensa diaria!

Y lo triste es que le pasa á nuestra prensa lo que al Diccionario de la Real Academia, que con sobrarle mucho le falta mucho más.

El desequilibrio entre la información política y el resto de la información es enorme, da tristeza; el lugar ocupado por el relato de un crimen excesivo, las latas ahora de la guerra de Cuba insostenibles.

«Dice «El...» de... que hallándose paseando en la tarde de anteayer un individuo por los jardines de... de aquella capital fué víctima de un accidente que le produjo la muerte.» Esto que tomo de la «Sección de noticias» de uno de los grandes diarios de empresa es un ejemplo típico, casi caricaturesco, de cómo se entiende la información menuda. Y no le suele ir en zaga la información de más alto vuelo.

En España el proceso de diferenciación del trabajo está en la prensa tan atrasado como en todo lo demás.

En las publicaciones periódicas de carácter general, apenas hay intermedio entre los diarios políticos y *La España Moderna*, porque las ilustraciones lo llenan mal. Los grandes diarios tratan de llenar el vacío con secciones, hojas, páginas ó extraordinarios; peustos suelen ser de amena literatura, casi exclusivamente, y de una monotonía y falta de variedad desesperantes, verdadero reflejo del espíritu apelmazado y ramplón que se cierne en nuestra atmósfera mental.

Es inútil buscar revistas científicas serias, que no sean ni retórica apropiada de ciencia ni curiosidades de calendario americano, y más inútil buscar revistas económicas, jurídicas, de los aspectos varios que fuera de la politiquería ofrece la vida.

Declaro que debo mucha más verdadera información á *El Globo*, que se desliza sin ruido y modestísimamente, que á nuestros colosos bullangueros montados por el sistema de fábrica en que el hombre se anula ante la máquina. Eso de coger uno de los diarios de mayor circulación y topar un día y otro día con una nueva variante del eterno artículo político de fondo es para desanimar á quien no se haya agarranzado hasta el punto de enamorarse de la lata.

No hay medio, ó la informacionería al menudeo de grajea de hechos ó los lugares, comunes de tercer grado á cuenta de ellos, ó empirismo huero ó más huero conceptismo; nada del hecho vivo, en su atmósfera, palpitante, sugestivo, que enseñe con su mera exposición. A lo más que ha llegado la diferenciación del trabajo es á producir el reporter ó gacetillero (que debía ser el verdadero periodista) el *chroniqueur* más ó menos ingenioso y el amasador de bloques de fondo.

De todo esto y del alejamiento en que viven ó se les tiene, de la prensa callejera muchos especialistas, se ha escrito más de una vez y lo ha hecho con gran competencia *Clartn*, que tantas ideas ha ido sembrando en su ingente y utilísima labor de años. Es de esperar que aún vuelva á la carga á la menor ocasión, mi buen amigo y compañero. Y sin duda servirá la persistencia en hacerlo, si bien el fondo de los males de nuestra prensa es fondo económico, surge y brota de las exigencias de adaptarse al mercado de la concurrencia industrial y mercantil.

Esta es la raíz verdadera de todo el daño, común á todas las instituciones sociales, y que no es imputable á los hombres juguetes en lo más del juego de las fuerzas económicas.

Antes de hacer indicación alguna respecto á esta raíz del mal de nuestra prensa, conviene detenerse un poco en una de las más graves enfermedades públicas que padecemos, enfermedad que en vez de procurarla cura, la cultiva la prensa periódica como Fray Gerundio la espina de aquella señora á que por fin sanó Tirabeque. La enfermedad es la superstición politicista.

MIGUEL DE UNAMUNO.



LA JUSTICIA

(Madrid) 25/01/1896 A-110

## La superstición politicista

Libremé Dios de presentar aquí bajo nueva cara la vieja tontería de «menos política y más administración», hermana gemela de aquella otra de «menos doctores y más industriales», y expresión ambas de verdades tan parciales que llegan á puro filisteísmo en quienes más las repiten. Harto sé que toda industria exige doctrina y toda administración es política.

La concepción política es parte de un organismo total de concepciones; es la filosofía (así, como suena) aplicada á un aspecto de la vida social, y sólo son realmente vivas y fecundas las convicciones políticas que forman parte de una concepción total del universo. Extrañábase á un químico el que á mí me extrañara que nada de la ciencia á cuyo estudio se consagraba una concepción profundamente socialista, fuera rabioso manchesteriano á la antigua en hablando de economía política (política, no social, y aun ni política siquiera, mercantil). Y en la situación de espíritu del químico estándose más de nuestros políticos, en quienes no forma su credo oficial carne de la mente cuando creen ser sinceros y no son meros politicians.

Los cambios de casaca no arguyen tanta deshonestidad cuanto ignorancia; el que de demócrata pasa á conservador (empleando, bueno ó malo, el vocabulario al uso), ni sabe qué es el *demos*, ni la *cracia*, ni la conservación tampoco. Y no lo sabe nunca, ni aun cuando sea interesado el cambio. Las convicciones de razón matan toda deshonestidad, y las convicciones de razón en política sólo brotan de una concepción razonada del universo todo. Así, del universo.

De esta política no hay que hablar ahora, sino de la politiquería.

Hay un dicho muy expresivo, y es aquel de que «el talento no se ve, se toca», máxima americana. Nada admiran tanto los yankees como al caza-duros, ni nada admira el español tanto como al político listo. El secreto anhelo de las madres de jóvenes portentosos es que lleguen á ministros.

Hace poco que D. Rafael Comenge, escribiendo en *El Imparcial* acerca de D. Augusto Comas, daba una nota que por desgracia se suele dar poco, porque no se cree en ella: la de oponerse á esa corriente general que cree, más ó menos inconscientemente, que es en la política donde hay que buscar nuestros talentos.

Muchos reconocen que no será acaso entre los políticos donde haya hombres más cultos y hondamente instruidos, pero sí más de eso que se llama talentos naturales. Es de creer que si Carlyle ó Spencer hubieran podido nacer en España, y ser Carlyle y Spencer; sin dejar de ser españoles, habrían podido decir de nuestro Parlamento lo que han dicho del inglés, pero corregido y aumentado, y no en favor nuestro.

La prensa ha contribuido y contribuye no poco, rindiendo culto en el altar de las mentiras convencionales, á mantener, hasta cuando lo ataca, el prestigio de la baratería política, tauro-máquica y jacarandosa, ó del más insostenible doctrinarismo. En los ataques más turibundos se deja siempre á salvo el verdadero prestigio del atacado, su fama de listo ó talentado. Y de aquí una difusión morbosa de la baratería política, en que se apoya todo doctrinarismo más ó menos libresco y huero, como un anciano ciego en un pilluelo lazarillo.

Así se ha convertido la política en deporte, en corrida de toros ó partido de pelota, y aun fuera de la chulapería política, no hay nada menos serio que la seriedad de nuestra *morgue castellane* aplicada á la política.

Todo lo ensucia la tal politiquería; no contenta con llevar por donde quiera la recomendación y las influencias, y la estúpida disciplina de partido, y el espíritu de coterie y de bandería, y la mentira de la lucha de escenario entre compañeros de tras bastidores, se aplica el politiquismo á la ciencia, al arte, á la literatura, y á qué no?

Pero esto merece alguna mayor detención.

MIGUEL DE UNAMUNO.